



Datos personales: Nacida en 1980 en Valencia, España. Tiene una hija.

Líneas de investigación:

- Neurobiología del comportamiento social, sexual y maternal
- Neuroanatomía funcional de los sistemas olfativo y vomeronasal
- Neuroanatomía del sistema olfativo y cerebro emocional y social en modelos animales de enfermedad

1. ¿Qué te hizo seguir una carrera científica? ¿Por qué en Neurociencia?

Nadie en mi familia (excepto un tío) tenía estudios universitarios: mi padre empezó a trabajar a los 13 años, y a mi madre la sacaron del colegio a los 9 para trabajar. Pero ella siempre intentó fomentar que yo estudiara: me hablaba de lo mucho que le hubiera gustado acabar el colegio, es una gran lectora y le gusta mucho la Biología. Yo se lo puse bastante fácil, porque siempre fui buena estudiante; cuando en el colegio me llamaban empollona, yo les decía que no me gustaba estudiar, sino aprender, y me miraban raro. Aunque lo que más me gustaba eran las lenguas, la literatura y la historia, elegí la rama de ciencias porque me parecía (y todo el mundo me lo decía así) que tenía más salidas laborales. Elegí estudiar la licenciatura en Biología simplemente porque fue la asignatura que se me dio mejor en COU. Y la Neurociencia me eligió a mí: me presenté al examen de Neurobiología 5 horas tarde (¡era a las 10 y yo llegué a las 3 de la tarde!), y al subir al despacho del profesor, que luego sería mi director de tesis, para explicarle mi equivocación, me dijo que lo había hecho muy bien durante el curso y que si estaba interesada en aprender en el laboratorio, estaría encantado de que pidiese una beca de colaboración.

2. ¿Cuál crees que ha sido tu mejor logro dentro de la Neurociencia?

Si atendemos al factor de impacto, creo que el resultado más espectacular lo obtuve cuando trabajaba en el laboratorio de Mark Isalan, primero en el Centro de Regulación Genómica de Barcelona y luego en Imperial College London. Demostramos por primera vez que un factor de transcripción sintético puede actuar en el cerebro, y conseguimos reprimir la expresión de mRNA de huntingtina mutante en un modelo de ratón de la enfermedad de Huntington. Yo me ocupé de comprobar el tratamiento en animales y su seguridad. Por otro lado, estoy orgullosa de haber encontrado que una zona del estriado ventromedial es clave para la expresión de la atracción innata por feromonas sexuales en ratones. Como logro personal, estoy contenta de haber podido mantenerme en esta carrera de obstáculos que es la científica pese a las mudanzas y haber cambiado de línea de investigación varias veces. Pero supongo, o más bien espero, que mi mejor logro esté aún por llegar.

3. ¿Qué te gustaría aportar a la Neurociencia en los próximos años?

Llevo dos años como profesora, y ser profesora universitaria significa que es imposible dedicarte a la ciencia a tiempo completo, así que aún no tengo consolidada una línea propia de investigación. Ahora mismo estoy intentando arrancar una línea sobre neuroanatomía del sistema olfativo y cerebro emocional en modelos animales, y específicamente estamos trabajando con un ratón modelo del síndrome de Rett. El objetivo es caracterizar el sustrato anatómico de los déficits que ocurren en este modelo que tienen relevancia para el autismo. No sé si podré seguir con esta línea, siempre es difícil conseguir financiación. También me gustaría averiguar la función de una zona poco estudiada, los islotes de Calleja. Parece que

podrían estar implicados en el etiquetado emocional de los olores (se encuentran inmersos en la zona del estriado ventromedial del que he comentado su importancia para la atracción por feromonas sexuales), pero no hay pruebas definitivas.

4. ¿Qué hombres/mujeres han influido en tu carrera científica?

Sin duda, influyen mucho las personas con las que trabajas, y yo he tenido una gran suerte al tropezarme con personas magníficas. Por supuesto he de nombrar a mis directores de tesis, Fernando Martínez-García y Enrique Lanuza. Ellos me enseñaron a ser científica, que para trabajar en ciencia hay que ser honesto, entusiasta, hacer las cosas bien y por amor al conocimiento, por mucho que lo que se premie sea la publicación en revista puntera. Pero también aprendí con ellos que se puede ser un científico excelente y una buena persona, trabajar bien y compaginarlo con recoger a tus hijos del colegio, obtener resultados de calidad colaborando y no compitiendo por ver quién tiene el ego más grande. En parte por eso, tras seis años trabajando con otros grupos y en proyectos muy distintos, cuando tuve la oportunidad de reincorporarme a su laboratorio no lo dudé. También me influyó mucho Amparo Novejarque, que llevaba unos años de doctorado cuando yo empecé y me enseñó todo lo que necesitaba en el laboratorio. Que una excelente científica como Amparo no haya podido continuar con su carrera tras varios años como investigadora en Reino Unido habla de lo injusto que es el sistema y lo mal que está diseñado. Mireia Garriga Canut, compañera en el Centro de Regulación Genómica, me enseñó a esas alturas lo que es una libreta de laboratorio en condiciones, me ayudó muchísimo a superar mis dificultades en una línea de investigación completamente nueva para mí, y mostró una gran generosidad al compartir conmigo el mérito de un trabajo en el que ella llevaba ya años. Por último, admiro muchísimo la tenacidad de Lucía Hipólito, profesora de la Universidad de Valencia; aunque es más joven que yo, de mayor quiero ser como ella.

5. Se sepa o no de ciencia, todos conocemos a hombres científicos, pero no ocurre lo mismo con las mujeres científicas ¿cómo crees que se podría cambiar esta tendencia?

El problema es que, además de que hasta hace nada se impedía a las mujeres siquiera tener un título universitario oficial, a las pocas a las que se permitía trabajar o no se reconocían sus logros o se las olvidaba una vez fallecían. Creo que en eso hemos iniciado un buen camino. Ahora hay más iniciativas que cuando yo empecé a estudiar para recuperar las figuras de las mujeres científicas: se ha reivindicado la contribución de Rosalind Franklin al descubrimiento de la estructura del ADN, de Jocelyn Bell al descubrimiento de los pulsares, o de Margaret Hamilton a las misiones Apolo. Hay que contar los logros de las mujeres en ciencia, que la sociedad sepa que en ciencia puede trabajar cualquiera y hacer contribuciones valiosas, independientemente de su género, orientación sexual, clase social, raza, etc.

6. En las Universidades Españolas y en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) hay menos mujeres que hombres que finalizan su doctorado y muchas menos mujeres que hombres que alcanzan la Cátedra de Universidad o el nivel de Profesor de Investigación. Dado que estos datos apenas han cambiado en los últimos años, ¿a qué crees que es debido?

En realidad que finalicemos el doctorado ya somos la misma proporción en muchas áreas, y en algunas, como las biosanitarias, incluso más. El problema está en la consolidación de la carrera. Cuando finalizas el doctorado tienes casi treinta años, y entonces es cuando empieza la peregrinación por distintos postdocs, generalmente en distintos países. Se nos exige, y creo que es muy bueno tener movilidad y formarse en distintos laboratorios, pero no se valora el esfuerzo personal que suponen las mudanzas continuas. Y aunque no emigres, existe la concepción, yo creo que errónea, de que para ser una buena científica debes serlo las 24 horas del día, y eso es bastante incompatible con tener vida personal, y específicamente con tener hijos. Yo tengo 37 años y hasta ahora se me había hecho impensable el tenerlos, ¿cómo lo iba a hacer si he vivido a más de mil kilómetros de mi pareja durante dos años, y a más de trescientos durante tres? Evidentemente, para los hombres es lo mismo, pero socialmente no está tan mal visto que una mujer lo deje todo y acompañe a su pareja, o que se haga cargo de los niños mientras ellos se dedican a trabajar. Creo que las mujeres hemos hecho un negocio nefasto: hemos accedido al mercado laboral en condiciones de igualdad con los hombres, pero nos tendríamos que haber asegurado de que los hombres accedían al ámbito familiar en condiciones de igualdad con las mujeres. Otra cosa que me preocupa es que muchas mujeres que he conocido, ya desde el doctorado no tenían intención alguna de ser jefas. Con hombres no me ha pasado, ellos sí aspiraban a serlo. Supongo que hay muchísimos factores que nos disuaden: desde esa concepción de que tendremos tanto trabajo que no podremos tener vida, y que quizás nos pesa más a las mujeres, hasta el hecho de ser continuamente cuestionadas porque si no somos vistas como unas blandas, somos vistas como unas tiranas.

¿Qué tipo de acciones crees que se deberían adoptar?

Creo que deberíamos acabar con esa cultura del trabajo incompatible con la vida personal. No se puede permitir que circulen historias como la que me contó una compañera: cuando se quedó embarazada de su segundo hijo, su jefe le dijo que había tirado su carrera por la borda. Eso es inaceptable y debemos acabar con ello. Sería bueno tanto para las mujeres como para los hombres. Y necesitamos educar en la igualdad. También continuar reivindicando la figura de científicas en la historia: si ellas pudieron hacerlo cuando a las mujeres no se les permitía ni estudiar, ¿cómo no vamos a poder nosotras?



La Dra. Carmen Agustín en un laboratorio de la Universitat de València.

7. Existen varios premios de carácter científico dedicados solo a mujeres. En general, ¿qué opinas de este tipo de galardones?

No me gustan, porque parece que las mujeres no puedan competir en igualdad de condiciones con los hombres. Dicho esto, lo triste es que tal vez sea así. Primero, porque muchos premios funcionan con autocandidaturas, y las mujeres tendemos a infravalorar nuestros logros. Después, por los sesgos de los jurados. Hay estudios que muestran que evaluadores tienden también a infravalorar los currícula de las mujeres. Quizá más que convocar premios dirigidos solo

a mujeres, los convocantes deberían de asegurarse de que entre las candidaturas hay un porcentaje de mujeres que sean similares a los porcentajes de mujeres que trabajan actualmente en el campo, que los jurados sean lo más paritarios posibles, y que se pongan los controles necesarios si año tras año solo los ganan hombres.

¿Y del sistema de cuotas o de otras medidas de acción positiva?

Son un arma de doble filo porque donde hay un porcentaje menor de mujeres que de hombres, las pocas mujeres que hay pueden estar sobrecargadas asistiendo a comités, etc. Siempre habrá quien apele a que te han puesto ahí “por ser mujer”, aunque pensándolo bien, ese tipo de personas pensará eso siempre que vea a una mujer en un puesto, así que podemos prescindir de su opinión. En conclusión, creo que nuestro objetivo debería ser que no hicieran falta.

8. ¿Desde qué año eres socia de la Sociedad Española de Neurociencia (SENC)? ¿Qué posición (estudiante predoctoral, contratada postdoctoral, etc...) ocupabas entonces?

Creo recordar que desde 2004, cuando era investigadora predoctoral.

9. Acabamos de crear el Comité de Mujeres en Neurociencia dentro de la SENC ¿qué hace falta para que dentro de otros diez años no haga falta este tipo de comités?

Ojalá dentro de diez años no haga falta, pero desafortunadamente lo dudo mucho. Para que no hagan falta estos comités hay que acabar con el machismo. Y nosotras hemos de creernos que podemos hacer lo que nos propongamos.

10. ¿Qué crees que puede aportar el Comité de Mujeres en Neurociencia en concreto, y la SENC en general, para reducir la brecha entre neurocientíficos y neurocientíficas?

Creo que este comité, y la SENC en general, debe ser consciente de la situación, seguir dándonos voz a las mujeres y seguir trabajando para reivindicar las contribuciones de las neurocientíficas y porque estemos en los puestos de representación. En las últimas elecciones a junta directiva y distintos comités no hemos salido muy bien paradas. Tenemos que preguntarnos por qué.

Fecha entrevista: 10 de septiembre de 2017